

PROBACIÓN SEPTIEMBRE

LA OBEDIENCIA, aceptación dinámica del plan salvador.

“Contemplo a Jesucristo camino de la cruz en obediencia total al Padre. Es la víctima sagrada, la única víctima digna de Dios y de la salvación del hombre”. (Padre Álvaro Torres, cjm).

Recordemos que el itinerario de las Probaciones lo estamos tomando del libro “El proceso de la vida cristiana”, de la autoría del padre Álvaro Torres, Eudista, quien lo escribió para el Instituto atendiendo a la petición de la Asamblea General del Instituto de proponer el ejercicio de las Probaciones siguiendo la guía de la lectio divina. Como en la primera Probación se hizo la presentación del libro mencionado, en adelante, incluiremos, antes de la Probación, solamente la guía que propone el padre Torres para la lectio divina pues es la que utiliza en el desarrollo de las Probaciones. Así, será más fácil para cada una de las FSJC hacer el ejercicio mensual de la Probación respectiva con la guía sugerida y que hemos estado utilizando en nuestras reuniones mensuales para la lectura meditativa del Evangelio del domingo siguiente a la reunión. **A partir de esta Probación incluiremos al final de la Probación textos paralelos al que sirve de principio doctrinal de la Probación. Las fuentes serán la Sagrada Escritura, el Magisterio de la Iglesia y la Espiritualidad Eudista. Así tendremos lecturas para profundizar en el tema de la Probación que estemos viviendo durante el mes.**

GUÍA PARA LA LECTIO DIVINA QUE SE UTILIZARÁ EN LAS PROBABACIONES

Presbítero Álvaro Torres Fajardo, cjm

Esta guía sigue los pasos siguientes: lectura del texto, meditación, oración, contemplación, consignas, aclamación final.

Se ha preferido usar un lenguaje personal, comprometido. De ahí el empleo de la primera persona. Esto no puede hacernos olvidar que nunca actuamos solos en la Iglesia. Ese yo del texto me comprometo con mis hermanos y hermanas en la fe cristiana en un nosotros propio del lenguaje comunitario.

1. Busco un texto bíblico que ilumine el tema de la guía.

2. Leo detenidamente el texto.

- Lo leo una o varias veces para comprenderlo.
- Busco las palabras que no entiendo bien.
- Me fijo en los personajes: qué dicen, qué hacen, qué se dice de ellos.
- Observo las escenas de la narración, su progreso, su final.
- Subrayo los verbos principales.
- Busco textos paralelos sobre el mismo tema.

3. Reflexiono sobre el texto y su incidencia en mi vida.

- Me pregunto qué enseñanza me ofrece la Palabra sobre Dios, sobre su misterio, sobre su obra de salvación, sobre María, sobre el discípulo, sobre el hombre, sobre el mundo creado.
- Me apropio la Palabra como dirigida a mí.
- Imagino estar presente en la escena que describe la Palabra.
- Tomo el puesto de los personajes de la Palabra: Me digo por ejemplo: Zaqueo soy yo, esa mujer soy yo...

- Me pregunto qué quiere el Señor de mí en este pasaje.
- Me interrogo sobre cuál ha sido mi respuesta a la Palabra.
- Extiendo esta Palabra a mi familia, al Instituto, al medio en que trabajo, a la Iglesia, a toda la humanidad.
- Me pregunto cómo llevar esa Palabra a los hermanos...

4. Oro con la Palabra.

- El Señor me dirige su Palabra: mi respuesta es la oración.
- Oro al Espíritu Santo para que me conduzca e ilumine.
- Lo alabo y lo bendigo por haberme hablado.
- Le doy gracias por haber pensado en mí y haberme enviado su Palabra.
- Le pido perdón por no haber seguido su Palabra, por mi comportamiento tan lejano de lo que él quiere de mí.
- Me entrego a él para que obre en mí.
- Oro por la Iglesia, el Instituto, mi familia, aquellos que esperan el servicio de mi oración, por el mundo, etc.
- En silencio contemplo a Dios, autor de esta Palabra.

5. Busco cómo prolongar la fuerza de la Palabra en mi acción.

- Leo de nuevo el texto detenidamente.
- Subrayo alguna frase o palabra que me han impresionado en forma especial.
- Me propongo repetirla a menudo a lo largo del día.
- Me propongo dar realidad en mi vida a la Palabra.
- Identifico las circunstancias de mi vida diaria en que voy a encontrar un llamado especial de esta Palabra en mi día.
- Pienso en especial en mis relaciones de trabajo o familia, con otros, en las que debo poner en práctica la Palabra.
- Considero qué me pide la Palabra en el mundo secular en que vivo, en mi familia, mi trabajo, mis amistades, la vida política, social, económica.

6. Condenso en una frase breve, sacada de la misma Palabra de Dios en lo posible, la idea fundamental del texto meditado.

PROBACIÓN SEPTIEMBRE
3.4 LA OBEDIENCIA.
Aceptación dinámica del plan salvador.

Escojo y leo detenidamente el texto de Génesis 22, 1-19

22

1 Después de estos sucesos, Dios puso a prueba a Abrahán, diciéndole: –¡Abrahán! Respondió: –Aquí me tienes.

2 Dios le dijo: –Toma a tu hijo único, a tu querido Isaac, vete al país de Moria y ofrécemelo allí en sacrificio en uno de los montes que yo te indicaré.

3 Abrahán madrugó, ensilló el asno y se llevó a dos criados y a su hijo Isaac; cortó leña para el sacrificio y se encaminó al lugar que le había indicado Dios. **4** Al tercer día, levantó Abrahán los ojos y divisó el sitio a lo lejos. **5** Abrahán dijo a sus criados: –Quédense aquí con el asno; yo y el muchacho iremos hasta allá para adorar a Dios, y después volveremos con ustedes.

6 Abrahán tomó la leña para el holocausto, se la cargó a su hijo Isaac y él llevaba el fuego y el cuchillo. Los dos caminaban juntos.

7 Isaac dijo a Abrahán, su padre: –Padre. Él respondió: –Aquí estoy, hijo mío. El muchacho dijo: –Tenemos fuego y leña, pero, ¿dónde está el cordero para el holocausto?

8 Abrahán le contestó: –Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío. Y siguieron caminando juntos.

9 Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abrahán levantó allí un altar y apiló la leña, luego ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar, encima de la leña. **10** Entonces Abrahán tomó el cuchillo para degollar a su hijo; **11** pero el ángel del Señor le gritó desde el cielo: –¡Abrahán, Abrahán!

Él contestó: –Aquí estoy.

12 Dios le ordenó: –No alargues la mano contra tu hijo ni le hagas nada. Ya he comprobado que respetas a Dios, porque no me has negado a tu hijo, tu único hijo.

13 Abrahán levantó los ojos y vio un carnero enredado por los cuernos en los matorrales. Abrahán se acercó, tomó el carnero y lo ofreció en sacrificio en lugar de su hijo. **14** Abrahán llamó a aquel sitio: El Señor provee; por eso se dice aún hoy: el monte donde el Señor provee.

15 Desde el cielo, el ángel del Señor volvió a gritar a Abrahán:

16–Juro por mí mismo –oráculo del Señor–: Por haber obrado así, por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, **17** te bendeciré, multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las ciudades de sus enemigos. **18** Todos los pueblos del mundo se bendecirán nombrando a tu descendencia, porque me has obedecido.

19 Abrahán volvió a sus criados, y juntos se pusieron en camino hacia Berseba. Abrahán se quedó a vivir en Berseba.

Conozco bien este texto. No puedo tomarlo aisladamente en la vida de Abrahán. Dentro de los azares propios de la vida de un hombre de su época va siguiendo una experiencia fuerte de Dios. Él no le ahorra inconvenientes: dificultades con el sobrino Lot (cap. 13), crisis en la vida matrimonial: Agar, Ismael (cap.16). Ha seguido un proceso en su experiencia religiosa: llamada (cap. 12); alianza con Dios (cap. 15); en sus pruebas de fe y esperanza, vive la presencia de Dios (cap. 18) quien le pide la máxima prueba de amor: el sacrificio de su hijo único. Luego la vida sigue su marcha hasta un pacífico final.

Imagino que acompaño a Abrahán en este viaje, que entro en sus sentimientos. Su silencio es angustiante. ¿Qué hay en su corazón? Por una parte, Dios que lo ama y a quien él ama. Por otra parte, su hijo, adolescente, amado inmensamente, su esperanza. Jornada larga que no solo fatiga el cuerpo sino también el espíritu. Sigo su camino desde el sur hacia el norte en busca de ese monte que él no escoge sino que Dios escoge. La tradición posterior lo identifica con la colina de Sion en Jerusalén, emplazamiento del templo (2 Cro 3, 1). En tiempo de Abrahán no había templo allí.

El breve diálogo con el hijo es desgarrador. Luego todo pasa en un misterioso silencio: Abrahán procede al sacrificio, el hijo no resiste. Todo tiene un sublime final. Abrahán regresa, en silencio, sin comentarios. Se diría que nada grande ha pasado. Me puedo preguntar ¿por qué Sara no entra en el drama? Es la madre pero también es la mujer que en su época era de condición secundaria. Me hago preguntas fundamentales: ¿Qué imagen de Dios me queda? ¿Qué límite tiene la sumisión del hombre al poder divino? El hecho es cultural: hay víctima y altar; hay leña para el fuego. Abrahán oficia un ministerio sacerdotal. Pero la víctima no muere. Dios mismo provee a sustituirla. No puedo no pensar en Cristo, el sacrificio del Hijo.

Medito en este drama: ¿Qué está en juego?

Siento que este drama es el gran momento de la fe y de la obediencia de todo cristiano. Como Abrahán, como Isaac yo misma soy protagonista de esta experiencia. Como ellos soy llamada, como ellos he entrado en alianza con mi Padre Dios, como a ellos Dios me pide decisiones claras de lo que vivo en mi relación con él. Me pregunto cuál fue el dilema a que se vio enfrentado Abrahán. Según la promesa divina tenía un hijo único, nacido más por obra de Dios que por acción humana. El relato me encarece esto: tu hijo, el único, el que amas, Isaac... Imposible pensar en otro. Considero lo que representaba ese hijo para Abrahán: era su amor y su esperanza. Era además su seguridad, el heredero de toda la promesa; el futuro de Abrahán, de su descendencia, se centraba en él. Era su garantía ante Dios mismo. Y un día Dios le dice: ¿Quién vale más en tu vida, Isaac o yo?; ¿cuál es tu primer amor; cuál es tu verdadera seguridad? Si yo soy el primero, sacríficame y sacrifícalo en tu corazón. Abrahán, sin decir palabra, emprende el largo camino del sacrificio... se la juega toda por Dios. En el único diálogo con el hijo hay una palabra reveladora: ¿Dónde está la víctima? Pregunta el hijo: Dios proveerá, responde Abrahán... ¿Una evasiva? ¿Una secreta esperanza? Todo termina de manera divina, solo digna de Dios. Me impresiona el regreso a casa. En un silencio contemplativo, embargado de felicidad.

Es el momento de preguntarme: ¿Qué me pide Dios que le sacrifique? Lo puedo precisar con nombre propio. ¿Estoy decidida a hacerlo? ¿Qué puesto ocupa Dios en mi vida? ¿Cómo entiendo la obediencia? ¿Es para mí el SÍ decidido al plan de Dios sobre mi vida, y sobre la humanidad entera? ¿Me enredo en detalles, en pequeñeces que no me permiten ver la voluntad salvadora de Dios?

Contemplo a Jesucristo camino de la cruz en obediencia total al Padre. Es la víctima sagrada, la única víctima digna de Dios y de la salvación del hombre. Leo en san Pablo: Él no preservó a su propio Hijo sino que lo entregó por todos nosotros (Ro 8, 32). Isaac era simple criatura. Su sacrificio no comportaba la redención total. El Señor Jesús también me pide esta opción fundamental: Quien ame a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí (Mt 10,37). No me pide no amarlos sino que todos mis amores estén en él, el primero. Mi voto de

obediencia tiene por objeto mi parte en este plan salvador. Es allí donde la entiendo y donde debo vivirla.

Oro a Dios mi Padre, con estas u otras palabras....

Señor Dios, me faltan palabras para decirte lo que vivo en este momento. Has sacudido mi vida con tu Palabra. Me pregunto con sinceridad qué puesto ocupas tú en mi vida. Qué significa mi presencia en el mundo. Qué tarea me señalas en tu plan de salvación para el hombre, para mí. Me cuesta tanto caminar contigo y aceptar tus exigencias. Tengo apegos que antepongo tan fácilmente a ti y a tus designios sobre mí.

Te adoro, mi Señor Jesús, en tu obediencia al Padre. Hiciste que tu voluntad fuera una con la de tu Padre. Aceptaste ser conducido por los verdugos al sacrificio. Les obedeciste y te dejaste llevar como oveja al matadero. Tenías claro que era a tu Padre celeste a quien obedecías. Que haciéndolo dabas cumplimiento al plan salvador del Padre y que era el único camino.

María, Madre de Jesús y Madre mía, alcánzame la gracia de aceptar la Palabra de Dios totalmente como tú lo hiciste; de correr los riesgos de la misión. Alcánzame la alegría de la fe que tenías al pronunciar tu aceptación a lo que el Señor te encomendaba.

Dame, Señor, la gracia de comprender que mi obediencia construye tu plan de salvación sobre el mundo y sobre mí. Que yo una mi voluntad a la tuya totalmente, sabiendo que tu voluntad es mi guía. Que yo no me apegue a mi libertad sino que entregándola a ti descubra la plena realización de lo que quiero que es lo mismo que tú quieres.

En silencio contemplo el paso de Dios por mi vida y evalúo los momentos en que he obedecido y no he obedecido la voluntad de Dios y, en cada caso, medito las consecuencias para mi vida. Pido perdón por mis desobediencias.

Consignas para recordar a lo largo de la jornada

- Revisar el fundamento de mi práctica de la obediencia.
- Mirar todo desde la mirada que Dios tiene sobre mí y sobre el mundo.
- Escuchar la Palabra de Dios como luz y guía de mi vida y mi misión.
- Meditar en la obediencia de Jesús y de María.
- No considerar solo la obediencia como una lista de puntos por cumplir. Asumirlos a la luz de este plan salvador.

Palabra para repetir en el día:

Padre, que no se haga lo que yo quiero sino lo que tú quieres.

TEXTOS PARALELOS AL TEMA DE LA PROBABACIÓN...

DE LA SAGRADA ESCRITURA:

- 1) **Hebreos 11,17-19:** "Por la fe Abraham, cuando fue puesto a prueba, ofreció a Isaac. Y el que había recibido las promesas ofrecía a su hijo único, respecto del cual se le había dicho: En Isaac tendrás descendencia. Pensaba que Dios tiene poder hasta para resucitar de entre los muertos; por eso también lo recobró como figura": Interpretación cristiana de Génesis 22. Enfatiza la fe de Abraham y su confianza en que Dios podía resucitar a Isaac. Interpreta teológicamente el episodio.
- 2) **Romanos 8,32:** "El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos concederá también con Él todas las cosas?": es un paralelo cristológico: Dios entrega a su Hijo como Abraham estuvo dispuesto a entregar a Isaac. Jesús es el cumplimiento perfecto del sacrificio.
- 3) **Santiago 2,21-23:** ¿No fue justificado Abraham, nuestro padre, por las obras, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? Ves que la fe actuaba juntamente con sus obras, y que la fe fue perfeccionada por las obras": Conecta la fe y las obras; muestra a Abraham como modelo de fe activa y de obediencia, un eco directo del evento de Génesis 22.
- 4) **Eclesiástico (Sirácida) 44,19-21:** "19. Abrahán es el padre ilustre de una multitud de naciones; nadie ha igualado nunca su gloria. 20. Observó la ley del Altísimo, que lo hizo entrar en su alianza; esa alianza fue inscrita en su carne; permaneció fiel en el día de la prueba. 21. Por eso Dios le hizo un juramento: todas las naciones serían bendecidas en su descendencia, la multiplicaría como el polvo de la tierra, elevaría su descendencia hasta las estrellas, su posteridad dominaría de uno al otro mar, desde el Eufrates hasta donde terminan las tierras en occidente.": Otro testimonio de que el sacrificio de Isaac fue una gran prueba y una expresión de fidelidad.
- 5) **Juan 3,16:** "16. ¡Así amó Dios al mundo! Le dio al Hijo Único, para que quien cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna.": El amor de Dios que entrega a su Hijo se presenta como paralelo superior al gesto de Abraham.

DEL MAGISTERIO DE LA IGLESIA:

- 1) **Lumen Gentium 3b:** *"Vino, pues, el Hijo, enviado por el Padre, que nos eligió en El antes de la creación del mundo, y nos predestinó a la adopción de hijos, porque en Él se complació restaurar todas las cosas (Cf. Ef 1, 4-5.10). Cristo, pues, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio, y efectuó la redención con su obediencia."*: Aquí se presenta la obediencia de Cristo como modelo y fuente de nuestra obediencia: no es esclavitud, sino comunión con el querer del Padre.
- 2) **Veritatis Splendor 19c (San Juan Pablo II):** *"No se trata aquí solamente de escuchar una enseñanza y de cumplir un mandamiento, sino de algo mucho más radical: adherirse a la persona misma de Jesús, compartir su vida y su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre. El discípulo de Jesús, siguiendo, mediante la adhesión por la fe, a aquél que es la Sabiduría encarnada, se hace verdaderamente discípulo de Dios (cf. Jn 6, 45). En efecto, Jesús es la luz del mundo, la luz de la vida (cf. Jn 8, 12); es el pastor que guía y alimenta a las ovejas (cf. Jn 10, 11-16), es el camino, la verdad y la vida (cf. Jn 14, 6), es aquel que lleva hacia el Padre, de tal manera que verle a él, al Hijo, es ver al Padre (cf. Jn 14, 6-10). Por eso, imitar al Hijo, «imagen de Dios invisible» (Col 1, 15), significa imitar al Padre: La obediencia de la fe implica la sumisión de la inteligencia y de la voluntad a Dios... Esta obediencia no es humillante, sino liberadora, porque nos inserta en la verdad que hace libres (cf. Jn 8,32).*

- 3) **Gaudium et Spes 22:** *“En realidad, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Él, que es ‘imagen del Dios invisible’, es también el hombre perfecto... rabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado... obedeció hasta la muerte.”*: Cristo “se vacía” y se hace obediente (cf. Filipenses 2,6-11), manifestando así el camino de salvación. Nuestra obediencia se une a la suya.
- 4) **Perfectae Caritatis 14:** *“Los religiosos por la profesión de la obediencia, ofrecen a Dios, como sacrificio de sí mismos, la consagración completa de su propia voluntad, y mediante ella se unen de manera más constante y segura a la divina voluntad salvífica.”*: La obediencia religiosa no es alienación, sino una donación activa y amorosa al querer divino, en comunión con la Iglesia y su misión.
- 5) **Catecismo de la Iglesia Católica (CIC) 144:** *“Obedecer (ob-audire) en la fe es someterse libremente a la palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la Verdad misma. De esta obediencia, Abraham es el modelo que nos propone la Sagrada Escritura. La Virgen María es la realización más perfecta de la misma.”*: El acto de fe mismo es obediencia, pero una obediencia racional, confiada y amorosa, que transforma al creyente.

DE LA ESPIRITUALIDAD EUDISTA:

Nos dice San Juan Eudes... (Obras Escogidas Tomo I, págs. 207-211).

La sumisión continua al santo querer de Dios es la virtud más universal y de más frecuente aplicación. Porque a todo momento se presenta la ocasión de renunciar a nuestra propia voluntad para someternos a la de Dios. Y ésta es fácil de conocer. Porque Dios ha dispuesto que las cosas que no son indispensables las encontremos fácilmente, como el sol, el aire, el agua y demás elementos necesarios a la vida natural del hombre que están al alcance de todo el mundo.

De igual manera, si Dios nos puso en este mundo únicamente para que cumplamos su voluntad y si de ello depende nuestra salvación, es necesario que podamos conocer fácilmente cuál es la voluntad de Dios en todas nuestras acciones. Y nos la hace saber por cinco vías principales: (1) Por sus mandamientos; (2) por sus consejos; (3) por las leyes, normas y obligaciones de nuestro estado; (4) por las personas que nos dirigen y que tienen autoridad sobre nosotros; (5) por los acontecimientos dispuestos o permitidos por Dios [...]

Si consideramos con atención que Jesús, nuestra Cabeza, ha abandonado y como aniquilado su voluntad, tan santa y divina para seguir la voluntad rigurosa de su Padre que le imponía cosas extrañas y una muerte tan cruel y vergonzosa para salvar a sus propios enemigos. ¿Podrá acaso, costarnos abandonar nuestra voluntad depravada y hacer que viva reine en su lugar la santísima y amabilísima voluntad de Dios?

La sumisión y obediencia cristiana consiste en continuar la sumisión y obediencia perfecta de Jesucristo, no sólo a las voluntades que su Padre le manifestó directamente, sino a las que le dio a conocer por su santa Madre, por san José, por el ángel que lo llevó a Egipto, por los judíos, los Herodes, los Pilatos. Porque se sometió no sólo a su Padre sino a todas las criaturas, para dar gloria a Dios y por amor a nosotros.

Para llevar a la práctica estas verdades, adora en Jesús la sumisión que él ejercitó de manera tan perfecta. Aniquila a menudo a sus pies todos tus quereres, deseos e inclinaciones; declárale que sólo quieres que se cumplan los suyos y ruégale que los haga reinar plenamente en ti.

Esmérate por mantener el propósito constante de morir y de sufrir todos los tormentos, antes que quebrantar el menor de los mandamientos de Dios y por estar generalmente

dispuesto a seguir estos consejos en la medida de la luz y la gracia que él te dará según tu condición y de acuerdo con el parecer de tu director.

Mira y honra a los que ejercen autoridad sobre ti como lugartenientes de Jesucristo en la tierra y acata sus voluntades como voluntades de Jesús, con tal que no se opongan claramente a lo que Jesús ordena o prohíbe.

El príncipe de los apóstoles, san Pedro, va mucho más lejos: nos exhorta a someternos a toda criatura humana por amor a Dios (1 Pe 2, 13); y san Pablo quiere que consideremos a los demás como superiores (Fp 2,3). Siguiendo las enseñanzas de estos dos apóstoles, debemos mirar y honrar a toda suerte de personas como nuestros superiores y superiores, y estar dispuestos a renunciar a nuestro Propio criterio y voluntad para someternos a los de los demás. Porque, como cristianos, debemos revestir los sentimientos y disposiciones de Jesucristo y hacer profesión con él de no hacer jamás nuestra propia voluntad sino de acatar todas las voluntades de Dios. En caso de duda sobre cuál sea la voluntad de Dios, debemos hacer la voluntad de cualquier persona en lo que no sea contrario a Dios y a la obligación de nuestro estado, dando la preferencia a quienes tienen mayor autoridad y derecho sobre nosotros.

Considera y guarda las leyes, normas y obligaciones de tu estado, oficio o condición como señales ciertas de lo que Dios quiere de ti; y, como homenaje a la obediencia exacta y al sometimiento perfecto de Jesús, no sólo a las normas recibidas del Padre, y a las horas y momentos que él asignó a cada una de sus acciones, sino también a las leyes humanas. Sométele tú también a las normas y obligaciones de tu condición, a las horas y momentos en que debes cumplir tus deberes y aún a las leyes humanas y civiles, por amor a aquél, que, por amor a ti, se sometió primero a ellas.

Cuando sientas alguna inclinación o deseo, anonádalo a los pies de Jesús. Y si la inclinación es fuerte, no ceses de renunciar a ella, de destruirla y de rogar a Jesús que la aniquile en ti hasta que te sientas dispuesto a querer lo contrario si a él le place.

Cuando te sobrevenga el pensamiento o el temor de perder tu salud, tu reputación o tus bienes, a tus padres o a tus hijos, a tus amigos, o cosas semejantes, acalla tu voluntad a los pies de Jesús para adorar, amar y bendecir la suya como si todo ello ya hubiere sucedido o para cuando sucediere, de ¡a siguiente manera:

Oh, Jesús, aniquilo a tus pies todos mis deseos e inclinaciones. Adoro, amo y alabo, de todo corazón, tu santa voluntad. A pesar de mis repugnancias y sentimientos contrarios, quiero amarte, bendecirte y glorificarte en todo lo que has querido y quieras disponer sobre mí y sobre mis allegados, en tiempo y eternidad. ¡Viva Jesús! ¡Viva la santa voluntad de mi Jesús! ¡Que desaparezca mi voluntad para siempre y que la tuya reine y se cumpla eternamente, en la tierra como en el cielo!